

E. MIRET MAGDA LENA

ESTO es lo que exclamaba un procurador en la última y única cena política a la que asistí.

Ciertamente así debe ser nuestra expresión de desencanto ante muchas cosas que pasan, porque desgraciadamente España es diferente, aunque lo sea en un sentido muy distinto al que le dio la poco aguda frase turística.

Y no creamos que sólo es de ahora; pero actualmente choca más que hace unos años, porque todo ha avanzado y cambiado mucho, sobre todo en las costumbres exteriores.

Llevo varios meses recibiendo visitas de chicas y chicos (y no tan chicos algunos) preocupados por el mismo tema: las relaciones sexuales prematrimoniales.

Yo no soy ningún moralista ni pretendo serlo. Pero hay quien se encuentra tan falto de un consejo razonable, en este paradójico país de inflación clerical, que no encuentra mejor persona que yo para unas palabras acogedoras, pero que pretenden ser objetivas.

El tema sexual ha sido objeto de mucho comentario entre los escritores que quieren analizar nuestras características hispanas. Pero no sólo se encuentran picantes situaciones, que invitan a reflexión, en nuestra literatura profana y religiosa, sino también en la vida cotidiana.

Yo he tenido diversas experiencias clericales de oposición a enfrentar este problema. Y la última ha sido la tragicómica censura eclesial de tres sesudos varones a propósito de un artículo mío sobre la familia, que iba a publicar en una conocida revista religiosa.

En él intentaba decir muchas cosas sobre la actual crisis familiar en España, realidad de todos vista y conocida. Y lo hacía con el sano propósito de bucear en ella con el fin de salvar lo más posible de sus elementos positivos, olvidando el empeño en defender —como hacen tantos padres y clérigos católicos— lo que es indefendible en el mundo que comienza.

Entre las curiosas reacciones de uno de los clérigos censores estuvo su enemiga a querer ver ninguna conexión entre la sexualidad irresponsable y la religión enfermiza de muchos varones o féminas espirituales.

Pero es este un hecho visible en nuestra literatura clásica, tanto religiosa como profana. Desde el franciscano padre Francisco de Osuna, pasando por San Juan de la Cruz y llegando a nuestros actuales escritores espirituales, todos ellos han puesto en guardia por igual a confesores con sus confesadas y a doncellas con sus confesores.

Y la historia se repite.
Voy a contar dos anécdotas significativas que me ocurrieron hace poco.

La primera es de un religioso que, a sus cuarenta y dos años, y después de un intenso apostolado en el mundo obrero, se enamoró

de una chica de veinte años, y, sin más preocupación, empezó a tener relaciones íntimas con ella. A los pocos meses surgió el problema. La chica estaba en estado. Pero lo más curioso es la sorpresa del protagonista. Su primera exclamación fue: "¡Quién iba a figurárselo!".

Sin duda él sabía la fisiología del acto sexual y sus consecuencias teóricas. Pero a la hora de vivir esa responsabilidad lo hizo sin el más elemental sentido responsable que en cualquier país sería usual.

Nosotros hacemos esto, sin duda, por reacción infantil contra la regresión en que hemos vivido externamente. Incluso nos dejamos llevar ahora por la moda, por las nuevas costumbres exteriores, mucho más libres, que se difunden a ojos vista fuera y dentro de nuestra nación. Y lo hacemos sin meditar



suficientemente las consecuencias. Actuamos "a lo loco", y precisamente actúa así quien parecería que menos debía hacerlo por sus años de preparación y formación, que, según cree equivocadamente la gente, tuvo que ser de educación en un criterio de responsabilidad moral.

Fuera de nuestro país, en cambio, hay dos cosas claras: una, un criterio moral distinto del nuestro tradicional, pero un criterio moral, al fin, y otra, un sentido de la responsabilidad que es asumido con arreglo al criterio moral que se tiene. Y esto es siempre preferible.

Sin embargo, nosotros, los españoles, cuando salíamos antes al extranjero, abandonábamos nuestra vestidura moral, despojándonos de ella como si fuese un hábito agobiador, y no la sustituíamos por otra, haciendo figuras de irresponsables morales, y ahora ya no nos hace falta salir fuera para hacer la misma dentro de nuestro suelo. Y no lo digo por ningún afán moralizador, sino por el espectáculo de falta de personalidad que esto revela.

Un extranjero o una extranjera, acostumbrados a vivir en un clima de desrepresión sexual, toma sus medidas de acuerdo con su criterio. Y si quiere tener relaciones sexuales, piensa antes las consecuencias para preca-

verse de ellas. Y si no quiere —porque su criterio moral se lo impide—, no lo hace, aunque las costumbres exteriores le inclinen a ello.

Nosotros, por el contrario, nos aferramos de tal modo a lo externo (en moral, disciplina, etcétera...) que, si nos falta, no queda en nosotros ninguna instancia aprovechable dentro. En una palabra: nos encontramos vacíos ante el enorme fracaso de nuestra tradicional educación moral, que sólo se preocupó de barreras, cortapisas y negativas. Y cuando éstas van faltando, hacemos una pobre figura de peleles de la irresponsabilidad.

Por eso, no me extraña que el poeta Joaquín León confesase en un excelente artículo escrito hace poco que su experiencia moral comenzó el día en que echó por la ventana sus creencias tradicionales y tuvo que sustituirlas por otras más personales, que le hicieron ser un hombre desde entonces al aumentar ese sentido personal de la responsabilidad.

Otro caso que conocí también recientemente fue el de un clérigo gallego, de treinta y nueve años. Vino a verme porque estaba de acuerdo —según me dijo— con mi postura evangélica abierta y quería felicitarme por ella. Era un tipo de esos que hace unos años definíamos como un buen barbán vestido de cura. Y para demostrarme su vecindad a mis afanes de seglar católico independiente, me decía: "Yo también tengo vocación de seglar; pero, claro, a mis años me es muy difícil echar por tierra lo que he sido y como vivo: me gano demasiado bien la vida". Y para terminar de arreglarlo me confesó lo que entendía por vocación seglar: "Mire usted —me dijo—, yo me acuerdo, allí donde estoy, hoy con una y mañana con otra".

Extrañado yo por tan curiosa concepción del laico, no tuve más remedio que desengañarle, y le repliqué: "Querido amigo, yo conozco a muchos seglares, incluso no-creyentes, que no se les ocurre pensar que cumplen su vocación de laicos haciendo lo que usted; no serán creyentes muchos de ellos, pero tienen otro concepto más responsable de la vida".

La verdad es que a este país no le ayudan ni barreras ni tradiciones; lo que le ayuda es ser educado en un mayor sentido de la responsabilidad y tener un criterio —el que sea— acerca de la vida; pero no vivir de recetas ni de fórmulas exteriores, que hoy nos hacen exclamar como al juicioso procurador: ¡Qué país!

Tiene razón el psicólogo ruso Platonov cuando dice que muchas veces el mundo de influencia cristiana ha forjado un "alma abstracta", llena de normas exteriores de evasión del mundo y sin relación con la vida concreta, real, de todos los días en la sociedad, la familia, la profesión y el mundo todo.